



BREVE
PERFIL BIOGRÁFICO.
DEL

DR. FERNANDO SEMPÉRTEGUI
actual Rector de la
UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
en conmemoración de los 400 años
de su fundación precursora

por IVÁN OÑATE



Perfil biográfico
Dr. Fernando Sempértegui Ontaneda
Rector Universidad Central del Ecuador
Por Iván Oñate

Breve perfil biográfico del Dr. Fernando Sempértegui, actual rector de la Universidad Central del Ecuador, en conmemoración de los 400 años de su fundación precursora

Iván Oñate

Los orígenes

Fernando Sempértegui creció en un medio culto, rodeado de libros y lecturas. Pues su abuelo materno fue nada menos que el doctor Juan Francisco Ontaneda, abogado, que llegó a ser rector de la Universidad Nacional de Loja. Como buen letrado de esa época, el doctor Ontaneda también fue un inspirado poeta. Alguna de sus obras fue publicada en una editorial chilena. Con la voz iluminada por la emoción, Fernando Sempértegui recuerda que fue, precisamente, en la biblioteca de su abuelo que descubrió *El último de los mohicanos*, de Fenimore Cooper, el primer libro que leyó en su vida.

Pensamiento filosófico y poesía

Al consultar su opinión sobre una afirmación de Borges cuando decía que «el lenguaje es la única patria común», Fernando Sempértegui responde que iría mucho más allá. El lenguaje es la casa del *ser*, dice. Ciertamente que Martin Heidegger hablaba de la poesía —aclara—, pero yo lo hago extensivo a todo el lenguaje. Mi razón es ésta: en el lenguaje se resume la subjetividad humana y por eso mismo lo considero la casa del *ser*. Desde luego, no lo concibo en la línea del trascendentalismo kantiano que considera a la palabra como capaz de nombrar y hacer la realidad. El lenguaje deviene de una práctica, de una simbiosis entre lo objetivo y subjetivo, su papel es interiorizar la realidad, por eso es el único que puede nombrar sentimientos que de otra forma sería imposible expresarlos, entonces menciona a Borges, un verso de Borges que se refiere a la expulsión de Adán del Paraíso, es una metáfora del amor, dice, y lo cita: «pero yo sé que existe y que perdura, aunque no para mí».

Lo interesante de escuchar esta cita, fue el hecho de que no era un verso muy divulgado. No es habitual encontrarlo en ensayos dedicados a Borges. Lo investigué. Pertenece al poema «Adam cast forth», publicado en 1967, pero escrito muchos años atrás, cuando Borges había dejado de publicar poesía, ya que se encontraba dedicado plenamente a escribir y publicar su genial narrativa.

Mientras comentábamos el poderío y profundidad del verso de Borges: «el paraíso existe, pero no para mí, se me ocurrió referir que, quizá, el papel de la poesía sea nombrar con palabras lo que las palabras no alcanzan, entonces Fernando Sempértegui recordó a Lacan, a Jacques Lacan, el pensador francés que revolucionó el psicoanálisis al aplicar en los estudios del inconsciente, las leyes del lenguaje. Lacan dice —recuerda Sempértegui— que en el inconsciente hay una localidad (éste es el término usado por el psicoanalista) donde no accede el lenguaje. Mientras escuchaba esta cita de Lacan que vendría a confirmar que, en nuestra interioridad, en nuestra subjetividad, existe un territorio donde no han penetrado las leyes predeterminadas del lenguaje, también recordé que Fernando Sempértegui, era un gran lector de otro francés, del filósofo Michael Foucault. En cierta ocasión, con motivo de la presentación de un volumen de la revista *Anales* de la Universidad Central del Ecuador, lo escuché disertar sobre *Vigilar y castigar* de Foucault. En ese entonces se hablaba de relaciones de poder, de la prisión, del castigo, pero ahora hablábamos de lenguaje y poesía. Entonces rememoré que Foucault admiraba profundamente a Borges, que lo consideraba de una inteligencia suprema, tanto que uno de sus emblemáticos libros *Las palabras y las cosas*, se abre con esa genial reflexión sobre el lenguaje que significa *El idioma analítico de John Wilkins*. Un pequeño ensayo de apenas cuatro páginas y que bastaron para hacer tambalear las convicciones y certezas de Occidente. Quizá más drásticamente —según Foucault— que el mismo Nietzsche, Heidegger o Wittgenstein. Jorge Luis Borges, valiéndose de una supuesta enciclopedia china, nos hace saber que toda clasificación y «conocimiento» son absurdos. ¿La poesía, entonces? Precisamente, la poesía no es saber, no es conocimiento. Cuando Fernando Sempértegui enunció los versos de «Adam cast forth» de Borges, no me hizo «saber» de la expulsión de Adán del Paraíso. No. Viví la expulsión, caí del Paraíso y ese sentimiento de pérdida, de dolor, de carencia perdura todavía en mis adentros.

Como advertí la calidez del momento, creí oportuno seguir hablando de poesía. Por lo tanto, me animé a preguntarle por algún otro poeta que admirara en nuestra lengua. Vallejo, dijo. César Vallejo: «Fue domingo en las claras orejas de mi burro, de mi burro peruano en el Perú (perdonen la tristeza)». Como ningún otro —sostiene Fernando Sempértegui—, Vallejo expresa nuestra subjetividad, nuestra sensibilidad andina. Pero a la vez, es un gran poeta de valía universal, agrega. Basta leer *España, aparta de mí este cáliz*. Seguramente, por reminiscencia a España, viene a su memoria otro poeta grande, enorme en nuestra lengua: Miguel Hernández. El joven poeta que asesinaron en la Guerra Civil Española. Me gusta mucho el poema dedicado a su amigo muerto —dice Fernando Sempértegui—. La elegía a Ramón Sijé: «No hay extensión más grande que mi herida».

Desde luego, no ha olvidado que, en su juventud, Fernando Sempértegui leyó a Rilke. A Rainer María Rilke, el poeta austriaco, rebelde y trashumante. Leyó a Friedrich Hölderlin, quien vivió treinta y seis años, «prisionero» de su locura: «Hay un olvido de toda existencia, un callar de nuestro ser».

Esta tarde (mientras escucho truenos lejanos), por ahora cierro mi cuaderno de notas. Tengo la sensación de haber escrito un poema. Mejor dicho, de haber aceptado con humildad, con resignación, que existe un Paraíso, pero no para mí. Creí que el tema, como mi resignación, estaban cerrados. Pero Fernando Sempértegui me envía este pequeño texto con el cual cierra su poema Borges: «Y, sin embargo, es mucho haber amado, / haber sido feliz, haber tocado / el viviente Jardín, siquiera un día».

Junto a la lluvia, estos versos sonaron a salvación personal, a redención humana.

Encuentros destinados por el azar

Entre los emblemáticos nombres que enriquecen la galería de «encuentros destinados por el azar» de Fernando Sempértegui, encontramos al profesor emérito de la Universidad de Tufts y presidente de la Sociedad Americana de Microbiología, el doctor Moselio Schaechter. Ejerciendo su talento narrativo, Fernando Sempértegui, recuerda que un día se enteró que el Dr. Schaechter daría una conferencia en la Casa de la Cultura de Quito. Se dispuso para asistir a la conferencia dictada por el científico nacido en Milán y de familia de origen judío. Entonces la vivificante sorpresa. El doctor Schaechter (científico de renombrada fama internacional), no solamente que hablaba en perfecto español sino con entrañable acento de *quiteñísimo*. «Elio» Schaechter —como lo tratan coloquialmente los amigos— había estudiado en el colegio Mejía de Quito, pues su familia emigró al Ecuador en 1940.

Después de la conferencia, al advertir los dones académicos del promisorio joven Sempértegui, el Dr. Schaechter le preguntó si le interesaría viajar como investigador a los Estados Unidos, específicamente a Boston. «Bueno, si me invitan», contestó. El tono entre humilde y tímido de la respuesta, causó mucha gracia al Dr. Schaechter, tanto que la seguiría recordando por mucho tiempo. A los 39 años de edad, el Dr. Fernando Sempértegui Ontaneda, viajaría a los EE. UU., junto con su familia.

Esta experiencia, que de la mano del Dr. Elio Schaechter lo puso en contacto con la *intelligentzia* de la investigación científica bostoniana, sobre todo sirvió para que se adentrara y aprendiera el rigor de la ciencia experimental. «En ese entonces, ya se trabajaba con genes —recuerda Fernando Sempértegui—, en la clonación de genes en bacterias», y agrega: el Dr. Moselio Schaechter, siente profunda gratitud hacia nuestro país, a nuestro Ecuador. Diría más, siente un grandioso amor. Tal vez, por eso me premió con esa invitación y con el trato preferencial que después daría a mi esposa, a mis hijas, muy pequeñas entonces. Remarco, fui beneficiario de su gratitud al Ecuador.

El pueblito de «La T» y *The New York Times*

Entre los grandes maestros de las ciencias médicas, a quienes Fernando Sempértegui recuerda con afecto y gratitud, tenemos nombres como los del Dr. Nicolás Espinosa, el Dr. Augusto Bonilla, el Dr. Frank Weilbauer y, desde luego, el

Dr. Plutarco Naranjo Vargas, quien como ministro de Salud en la Presidencia del Dr. Rodrigo Borja Cevallos (1988-1992) lo nombra director de Investigaciones del mencionado ministerio. En el año de 1991, a Fernando Sempértegui le tocó enfrentar la epidemia del cólera. En esta circunstancia, el Dr. Naranjo lo nombró como coordinador de la Estrategia para controlar la epidemia. El Dr. Fernando Sempértegui, de inmediato se encargó de contactar y traer expertos de Bangladesh, ya que éstos tenían ciencia y experiencia sobre la epidemia del cólera. Con los expertos de Bangladesh y un equipo de epidemiólogos y salubristas ecuatorianos iniciaron un periplo investigativo por los afectados territorios patrios.

Dedicado a esta labor, vivió cinco años en el bosque esmeraldeño. Esto trae a su memoria muchas anécdotas que evoca con alegría. Por ejemplo, cuenta que en un pueblito llamado La T establecieron el centro de operaciones. Recuerda que las condiciones eran muy adversas ya que tenían que dormir en carpas y en el suelo. En alguna ocasión, bajo una lluvia pertinaz, como solamente se da en nuestro trópico, un joven médico sugirió guarecerse en una casa que había a poca distancia y que estaba abandonada, a medio construir. Desde entonces, y por esos días, establecieron allí su centro de operaciones. Pero al poco tiempo llegaron los dueños o parientes del dueño a darles un plazo para que abandonaran el lugar. Entonces, al enterarse de la noticia del desalojo, la Dra. Enriqueta Banda Flores, esposa del Dr. Plutarco Naranjo, se propuso solucionar el problema. Con ayuda de una fundación, compró la casa para que prosiguieran en su lucha los jóvenes médicos ecuatorianos.

En medio de esas condiciones tan precarias, Fernando Sempértegui realizó la evaluación de la vacuna para la malaria. Al publicarse los resultados obtenidos en el Ecuador, se despertó el interés mundial sobre los vacunados. Tanto se expandió la importancia de dichas investigaciones que el periódico norteamericano *The New York Times*, ganador en 125 ocasiones del Premio Pulitzer, entrevistó al Dr. Fernando Sempértegui Ontaneda y el pueblito de «La T» ganó fama mundial. No era para menos, entre lozas y paredes de cemento sin revoque alguno, Fernando Sempértegui, valiéndose de lo indispensable, había levantado un pequeño laboratorio que daría importantes respuestas científicas a la comunidad, como en las mejores páginas del realismo mágico latinoamericano. Por su apoyo, por su denodado esfuerzo para que estos jóvenes galenos alcanzaran las metas propuestas contra la enfermedad, la Dra. Enriqueta Banda ocupa un lugar de honor entre los personajes que Fernando Sempértegui recuerda con gratitud: «es uno de aquellos personajes destinados por el azar», rememora.

Por nuestra parte, hemos logrado investigar que la Dra. Enriqueta Banda se graduó de médica en 1950 y fue de las primeras mujeres que enfrentó la dualidad de ser madre y profesional. Científica de larga trayectoria en la investigación de nuevos medicamentos y vacunas, apoyó a sectores desprotegidos fundando y presidiendo la Sociedad de Médicas del Ecuador y luego la Fundación de Ayuda para la Salud, mediante las cuales realizó campañas de planificación familiar y vacunación.

La producción teórico científica

Complementando su vida de académico en las más prestigiosas universidades del país y del exterior, Fernando Sempértegui ha publicado importantes y reconocidos estudios en el campo de la epidemiología y de la inmunología. Dando constancia de su valor, encontramos sus ensayos en acreditadas publicaciones científicas internacionales. Fue el primero, a nivel mundial, en descubrir la importancia del «zinc» en la inmunidad y el crecimiento de la población. Es muy recordado su trabajo en las guarderías del INFA, ya que introdujo el empleo del zinc, de la vitamina D y de la vitamina C en el tratamiento de los adultos mayores. Desde luego, todos estos logros científicos no se dieron de la noche a la mañana. Fue el fruto de una larga experiencia de campo, de laboratorio y, por supuesto, de mucha actualización y estudio. Recuerda gratamente su experiencia con el Dr. Manuel Elkin Patarroyo, a quien conoció en Colombia, ya que el Dr. Plutarco Naranjo, en ese entonces ministro de Salud de nuestro país, lo envió a Bogotá para que se integrara a un equipo internacional de científicos (Brasil, Colombia, Venezuela, Ecuador) que evaluarían la vacuna contra la malaria.

Su viaje a Colombia fue una experiencia muy significativa. La Organización Mundial de la Salud no recomendó la vacuna del Dr. Patarroyo, pues no funcionó de manera totalmente eficaz en el África. Pero aquí, justamente, Fernando Sempértegui aprendería algo muy importante en su historial de científico: la malaria en África tenía el carácter de milenaria, mientras que en América tenía el carácter de centenaria. Eso explicaba que la vacuna funcionara tan bien en el ámbito geográfico sudamericano y no así en el continente africano.

La vocación médica

¿De dónde nació la vocación para estudiar medicina? Le pregunto. Entonces me cuenta que su padre era un apasionado por dicha profesión. Lamentablemente, por razones de la vida, no pudo realizar ese sueño. Pero de algún modo u otro, lo fue incentivando en su vocación. Por ejemplo, los juguetes que le compraba estaban relacionados con la medicina: estetoscopios, jeringas, etc. También recuerda que cuando verdaderamente sintió nacer su vocación de médico fue cuando conoció a los hermanos Rodríguez Witt. Dos jóvenes médicos que, por esos tiempos, llegaron a Loja. En esos días, se dio la fatal coincidencia que a uno de sus hermanos lo atropelló un vehículo y prácticamente le destrozó una pierna. Los hermanos Rodríguez Witt con amor y abnegación hicieron el milagro. El muchacho recuperó su salud y el movimiento total de la pierna.

También, con una sonrisa, recuerda que como lojano estaba destinado a estudiar medicina en Guayaquil. En aquellos tiempos, por cuestiones geográficas y de logística era más conveniente estudiar en Guayaquil —dice—. Quito, en ese entonces, era muy remoto y distante. Pero lamentablemente, ya en Guayaquil, se atrasó a las inscripciones en la universidad. Entonces acudió en búsqueda de ayuda del escritor

lojano Ángel Felicísimo Rojas, muy amigo de su abuelo Juan Francisco Ontaneda. Al no poder ayudarlo, Ángel Felicísimo Rojas le dio este consejo: «¿Para qué estudiar medicina? —le dijo— Mejor hazte abogado como tu abuelo».

La investigación científica

Muy tempranamente, a mí me gustaba la investigación científica, rememora. Pero, lamentablemente, no se me había dado la oportunidad en el Ecuador. A mis 39 años de edad, prácticamente, yo había perdido la esperanza de ser un científico, un investigador. Pero ahí se da el milagro. El encuentro con el doctor Elio Schaechter. Sin lugar a dudas, ese encuentro transformó su vida en dos aspectos fundamentales: en el aspecto científico y en la sensibilidad humana. Elio Schaechter era un hombre que, junto a la comunidad judía, había sufrido exclusión, persecución y, sin embargo, con tenacidad logró sobreponerse y triunfar en la vida. Pero a su vez había hecho de él un ser de una bondad y calidez extraordinaria. Es un hombre de una sencillez ejemplar y de una sabiduría encomiable, lo recuerda. Habla perfectamente en siete lenguas. Felizmente pude asistir a su cumpleaños 80, en San Diego-California, donde sus discípulos vinieron de todas partes del mundo a saludarlo y guardaban la misma admiración y gratitud como la mía.

A mi regreso de esa experiencia en Estados Unidos, fundé la cátedra de Inmunología, cuando el Dr. Dimitri Barreto era decano de la Facultad de Medicina. También logré crear la cátedra de Genética y de Biología Molecular. Ese fue mi reto y herencia de mi experiencia bostoniana. Puedo agregar con alegría que todavía mantengo relaciones profesionales con mis colegas y compañeros bostonianos. Además, soy profesor adjunto de la universidad de Tufts.

Los antecedentes

Pero antes de esa experiencia, Fernando Sempértegui había pensado dedicarse a la pediatría. Cuando se graduó de médico en la Facultad de Medicina de la Universidad Central del Ecuador, el Dr. Nicolás Espinosa, quien era un gran pediatra y un excelente profesor, lo invitó a que se hiciera pediatra, pues decía que una madre bien cuidada durante el embarazo «paría un buen destino». Cuando me gradué de médico hice un año de posgrado en pediatría, pero no terminé dicho posgrado, ya que surgió la oportunidad de hacer un viaje a México. La Organización Mundial de la Salud había programado una maestría en Medicina Social en la Universidad Metropolitana de México y gané una beca. Pues sabes que cuando uno es joven quiere conocer el mundo y para conocerlo hay que estar en el mundo. Esa fue la oportunidad que me dio México de ir a estudiar mi posgrado. Lo hice en la Universidad Metropolitana que estaba en Xochimilco. Por esa época habían emigrado grandes estudiosos y científicos sociales del Cono Sur: filósofos, sociólogos, economistas, políticos, epistemólogos, salubristas, médicos. Allí conocí como profesor a Bolívar Echeverría, quien dictaba un curso sobre *El capital* de Marx. En ese entonces yo

tenía 39 años y Bolívar Echeverría tendría unos 40 o 41 años, era muy joven. Fue una magnífica oportunidad para estudiar medicina social.

De regreso de sus estudios en México, empieza a trabajar en la maternidad Isidro Ayora, pero ya no en pediatría sino en medicina social. Funda el Instituto de Investigaciones en la Facultad de Medicina de nuestra universidad y publica un libro sobre medicina social, *El crecimiento intrauterino de los niños en la maternidad Isidro Ayora*, con el profesor (ya fallecido) Fabián Váscquez Román y otros pediatras. Libro que, además, ganó el Premio Universidad Central en 1984.

Los 400 años de nuestra universidad

Tenemos la evidencia de que todo el proceso que llevó al 10 de agosto de 1809, incluyó a universitarios, afirma Fernando Sempértegui. Obviamente no de la Central como ahora la conocemos, pero sí de la Santo Tomás, de la pública Santo Tomás. Luego, los mártires de la libertad que murieron el 2 de agosto de 1810, también eran universitarios, incluido Manuel Quiroga, quien era secretario de la universidad. Entonces, negar ese pasado y decir (como opinan algunos) que hablemos solo desde la fundación bolivariana de la Central para acá y que ignoremos todo lo anterior, es no tener idea de que el presente es tributario del pasado, sostiene. Personajes como Eugenio Espejo, Pedro Vicente Maldonado o José Mejía Lequerica, quedarían fuera de nuestra historia universitaria. En nuestros archivos están las actas de graduación de Eugenio Espejo. Es parte de nuestra universidad y sería un verdadero error desconocerlo.

En búsqueda del eslabón perdido

El padre Juan de Velasco ya menciona las bulas papales y el edicto real que fundó la Universidad San Gregorio en 1620. Esta es la primera referencia. La segunda referencia es de Neptalí Zúñiga en la década de los 50. El edicto real que menciona Juan de Velasco (quien posiblemente lo conocía), es el mismo edicto que está en nuestros archivos, en el *Libro de oro* de la universidad, y lo redescubre el profesor Rex Sosa de la Facultad de Comunicación Social, mientras investigaba para su tesis doctoral.

En algún prólogo —comenta el Dr. Sempértegui— yo digo textualmente que el profesor Rex Sosa redescubrió el edicto real. Pero Sosa no encuentra el eslabón que vincula a la San Gregorio y a la Santo Tomás. Lo increíble y maravilloso es que la encuentra un empleado del archivo. Un día que yo visitaba el archivo, este joven empleado que lamentablemente no recuerdo su nombre en este momento, me dice: «Doctor yo encontré el acta de fusión de la Universidad San Gregorio Magno y la de Santo Tomás». (Días después de esta conversación con el señor rector Fernando Sempértegui, llamé al Archivo de la Universidad Central del Ecuador y conversé con su directora, María del Carmen Elizalde, quien gentilmente me informó que el nombre del descubridor del eslabón perdido era el joven David Mancero y el documento encontrado se denomina: *Estatuto de fusión entre las universidades San Gregorio Magno y Santo Tomás*).

Ese descubrimiento es una maravilla y me tocó a mí, justamente a mí, estar en los 400 años de fundación de nuestra Universidad —se emociona Fernando Sempértegui—. Esa es una de las coincidencias que te había mencionado —prosigue— al hablar de los personajes que he conocido en mi vida. Como yo digo, la vida está tejida por el azar y te premia con estos encuentros, con estas coincidencias, con estas maravillas. Sin lugar a dudas, ser rector de la Universidad Central y haber tenido el honor de recuperar su verdadera fecha de nacimiento, no puede ser otra cosa que uno de los más importantes encuentros destinados por el azar.

La importancia del estatuto de fusión

Si es que no encontrábamos el eslabón de fusión entre las universidades de San Gregorio y Santo Tomás, yo me temía que algún estudioso, que algún historiador no apruebe la continuidad entre las universidades antecesoras de la Universidad Central del Ecuador —reflexiona el Dr. Sempértegui—. Felizmente este eslabón fue encontrado por el joven empleado del archivo que ya he mencionado.

¿Pero qué tiene que ver en que esta historia el padre Piñas? —Se pregunta de repente el Dr. Fernando Sempértegui—, y prosigue. Una vez redescubierto el edicto real de 1620 en el *Libro de oro* de la universidad, por parte del profesor Rex Sosa, y para que todo esté bien corroborado, el doctor Amílcar Tapia invita al padre Francisco Piñas para que lea el acta, ya que está escrita en español antiguo y el padre Piñas es un renombrado paleógrafo. Efectivamente, el padre Piñas lee el acta y certifica su autenticidad y sostiene que la Universidad San Gregorio fue fundada en 1620. Entonces le invitamos a que asista al Consejo Universitario, donde también estuvo el profesor Rex Sosa y el doctor Amílcar Tapia. El padre Piñas, frente al Consejo Universitario habló de la autenticidad del acta real y de que la Universidad San Gregorio fue fundada en 1620. Entonces el Consejo Universitario tomó la decisión de cambiar la fecha de fundación porque constaba como 1651 y ahora se comprobó, documentadamente, que fue fundada en 1620. Pero hasta ese momento no aparecía el eslabón de fusión entre la San Gregorio y la Santo Tomás. Repito, eso me inquietaba pues un historiador podía decir que no hay evidencias de esa continuidad. Sin embargo y a pesar de que todavía en ese momento no se encontraba el eslabón de fusión de las universidades, el padre Francisco Piñas —ante al Consejo Universitario— declaró que: «La Universidad Central es la verdadera legataria de los jesuitas. No es la Universidad Católica y lo digo yo que soy jesuita. La Universidad Católica fue fundada de la nada en 1946, mientras que la Universidad Central fue fundada sobre la base de su historia».

Logros y cambios universitarios

Al reflexionar sobre estos 400 años, el Dr. Fernando Sempértegui menciona que la universidad tomó un verdadero cauce académico. Ahora mantiene su apertura al conocimiento universal y a las diferentes corrientes de pensamiento. Respeta las dife-

rentes posiciones a las que se adhieren los universitarios con legítimo derecho como ciudadanos. Porque su norte es ser una universidad en el sentido pleno. Centro de estudios que forma profesionales de alta calificación, orientados a resolver problemas nuestros. No hay otra forma en que los profesionales se califiquen de esa manera, si no existe investigación científica seria. A la investigación científica, personalmente, le asigno un rol fundamental. Nuestro empeño ha estado y estará en la construcción de una universidad que entregue profesionales de alta calificación, competentes y solventes para liderar cambios y soluciones de nuestros problemas. El mensaje y discurso que yo reitero es que la universidad, en el ámbito de la discusión pública, no puede hablar como un partido político. Debe hablar con evidencias de su ciencia y de sus desarrollos culturales y artísticos. Es el verdadero lenguaje de la universidad. La universidad traicionaría esta vocación universal si tomara una alineación con un partido político. Ese ha sido el testimonio de mi rectorado —dice el Dr. Fernando Sempértegui—, y prosigue. Jamás se escuchará que este rector habla el lenguaje de una militancia. Eso sería transgredir, precisamente, el ser de la universidad.

Esta convicción ha llevado a la Universidad Central por un camino adecuado. La universidad está bien posicionada, —dice el Dr. Fernando Sempértegui—, y continua, estamos dentro de las mejores universidades del país. Esto, a pesar de que tenemos un mal presupuesto, si se compara con otras universidades públicas. Tenemos un presupuesto *per cápita* muy bajo. Sin embargo —repite con énfasis el Dr. Fernando Sempértegui—, la universidad está muy bien posicionada y es porque hemos logrado una conciencia colectiva, una voluntad y alineamiento colectivos hacia una nueva universidad. Desde luego, esto no quiere decir que se haya clausurado la discrepancia en el pensar en la universidad, todo lo contrario; pero es como un alineamiento de todas esas voluntades por esta nueva universidad. Como rector percibo que es una universidad respetada y respetable porque habla este lenguaje nuevo. Nuestra universidad está publicando más que cualquier otra; últimas evaluaciones nos ponen en segundo lugar en investigación científica en el Ecuador. Tenemos los mejores programas de doctorado, en convenio con las mejores universidades del mundo. Cuando empecé mi rectorado, apenas teníamos 11 doctores en ciencias, ahora tenemos 180 doctores en ciencias registrados en la Senescyt. Si bien la pandemia frenó el ímpetu de graduaciones, para el año 2022 se tendrán unos 80 doctores más en ciencias. Por lo tanto, la Universidad Central tiene un potencial prevalente para realizar estudios científicos de alta calidad. Y no solamente con el afán de publicar, sino con el afán de apoyar la búsqueda de soluciones a problemas acuciantes de nuestro país. Y eso fertiliza, además, la calidad de la formación profesional.

La universidad tiene un ímpetu propio y ya no habrá posibilidad de retroceso —afirma el Dr. Fernando Sempértegui, y comenta—. Además del apoyo a la formación de investigadores, hay dos cambios fundamentales en la universidad: el cambio generacional y el cambio de género. La universidad tiene ahora un relevo joven, pero sobre todo femenino. El advenimiento de la mujer a la docencia universitaria es un

signo crucial de cambio en la universidad pública y en la Universidad Central, en particular. Cuando empecé mi rectorado —rememora el rector Fernando Sempértegui—, había un 14% de profesoras; hoy existe más de 40% de profesoras. En la política de doctorados se dio más prioridad a las mujeres. Todo profesor universitario que se va a hacer una pasantía doctoral de seis meses o un año en una universidad del exterior con la que hemos firmado un convenio, tiene derecho a mantener su salario mientras está en el exterior y, además, le damos un estipendio para sus costos de vida. Pero si es profesora, el estipendio es mayor. Generalmente, cuando a las profesoras se les ofrece una opción doctoral en el exterior, la primera pregunta por parte de ellas es: «¿Qué voy a hacer con mis hijos?». Ellas estaban dispuestas a renunciar a la opción del doctorado por sus hijos. De eso nos percatamos en el comienzo de nuestra política, y recuerdo que con Nelson Rodríguez nos dijimos: «Esto no podemos dejar que pase. Les vamos a apoyar más a ellas. Les vamos a dar un estipendio de costos de vida, más alto que a los varones». El porcentaje de profesores y profesoras que está haciendo el doctorado, actualmente es un 50 y 50%.

Tenemos también nuestra política de inclusión y de respeto al diferente. Esta temática de ardua controversia que es el género, en nuestra universidad tiene plena respetabilidad. Contamos con un Instituto de Investigaciones de Género y Derechos, para tratar todos esos problemas con rigor científico, con objetividad y así destrabar los prejuicios. Puedo afirmar que la Universidad Central es líder en este campo, en el respeto a la diversidad.

Sinceramente —concluye el Dr. Fernando Sempértegui— me siento afortunado de dirigir la Universidad Central en estos tiempos de cambios tan trascendentales. Pero no podemos olvidar que hay que defender la inversión en la universidad pública. Hay evidencias en el mundo, de cuánto gravita la educación superior pública en el desarrollo humano y en el desarrollo de la construcción de equidad.

Sobre la revista *Anales* fundada en 1883

En la revista *Anales* está la *universitas*. La universalidad del conocimiento. Es la publicación emblemática de la Universidad Central del Ecuador ya que en ella se concentra su quehacer científico y cultural desde finales del siglo XIX, hasta la actualidad. Por esta razón, *Anales* no puede constreñirse a una sola especialidad. Despojarla de la concurrencia del pensamiento universal sería deslegitimarla; negarle su esencia. El registro de la historia está en *Anales*.